

Del mundo Camiliano

Regalar la sombra
Emma del Socorro Loza Jiménez



(Retrato de San Camilo a la mirada de Jose Luis Martín Descalzo)

Entre los santos, tengo un cariño muy especial a San Camilo de Lellis, que fue uno de los primeros cristianos que valoraron realmente el cuerpo humano. En su tiempo, había muchos que se preocupaban por los enfermos, pero lo hacían únicamente por sus almas. Pensaban que había que ayudar al enfermo a bien morir y que lo importante era asegurar cielo para sus almas. Por eso casi abandonaban a los incurables, una vez que habían conseguido que éstos se confesasen. Para san Camilo, en cambio, el cuerpo seguía siendo importante, incluso después de "salvada" el alma, y estaba seguro de que amar a un incurable, ayudarlo a ser feliz mientras viviera, era una tarea importante.

Tal vez por eso, porque veía que la presencia de Cristo estaba en aquellos cuerpos purulentos, vivía una ternura tan ingenua con aquellos enfermos a quienes curaba, limpiaba, atendía, abrazaba, como si fueran literalmente el mismo Cristo. Por eso los hospitales eran verdaderamente para él "su jardín y su paraíso". Y podía llegar a decir que él "no visitaba los hospitales de incurables para ganarse el cielo, sino para irse habituando a él".

Pero entre todas las cosas formidables que cuentan de él sus biógrafos, hay una que a mí me impresionaba de modo muy particular. La naturaleza había dado a Camilo un cuerpo de gigante, y ocurrió que, caminando un día con un joven novicio, mientras el sol picaba ferozmente desde el cielo, Camilo echó a volar su imaginación -porque hace falta imaginación hasta para hacer caridad- y dijo a su compañero: "Hermano, yo soy muy alto, camina detrás de mí. Así te haré sombra y te librarás del sol". Y así siguieron caminando, ajustando Camilo sus andares a la esfera del sol para que los rayos no

atacaran a su compañero. Camilo descubrió que amar es dar, dar aunque sea una cosa tan poco importante como la propia sombra.

Las personas -tan acostumbrados estamos al consumismo y a este mundo en el que las cosas se miden por lo que cuestan monetariamente-, creen que lo que hay que dar a los demás es dinero o algo contablemente valorable. Y te dicen: Me gustaría ayudar a los demás, pero ¿qué tengo yo?, ¿cómo podría ayudarles? Y luego resulta que la gente necesita mucho más amor que ayudas económicas; y que una sonrisa o un poco de sombra valen más que un cheque... Y tantas personas que podrían dar compañía, sonrisas, sombra, amistad, se pasa la vida preguntándose: ¿Y yo, qué voy a dar?